

MORATÍN Y EL ARTE DE LAS INSCRIPCIONES

La ciencia de los estudios epigráficos empieza en la antigüedad con los escritos de Heródoto, tenaz viajero y padre de la historia, quien en Tebas copió inscripciones ya viejas. En el siglo III antes de J. C. existían colecciones de epígrafes. La tradición se renovó en el siglo XV de nuestra era, e iba cobrando fuerza a través del XVI, XVII y XVIII para culminar en los grandes cuerpos epigráficos del XIX. Los ilustrados españoles del XVIII no dejaron de ofrecer sus contribuciones. Los viajeros dieciochistas, igual que los antiguos, recogieron epígrafes que fueron a enriquecer los nutridos *corpora* que se publicaron en el XIX y a principios de nuestro siglo. Antonio Ponz, a través de los dieciocho tomos del *Viaje de España* (1792-94), incluía las inscripciones que había recogido en sus itinerarios por la península; y Gaspar Melchor de Jovellanos, entre otros muchos, consignaba en sus *Diarios* los epígrafes que iba encontrando en sus caminatas. El acopio de inscripciones fue, en efecto, otro modo de ser ilustrado en la España del XVIII.

Los epígrafes de la antigüedad dieron lugar a un género literario, menor por cierto pero de los venerables, el epigrama, que en el XVIII se toma por sinónimo de inscripción. Así es que, mientras algunos ilustrados coleccionaban inscripciones, los poetas de la Ilustración, imitando modelos de la antigüedad, componían inscripciones originales. Leandro Fernández de Moratín se cuenta entre estos poetas por un grupo de cinco poesías, y entre ellas dos epitafios que pienso estudiar en este trabajo. Además, por su fama en este género, los amigos le pedían inscripciones para los sepulcros de sus familiares. Voy a concluir presentando una de éstas hasta ahora inédita.

Las poéticas y las retóricas ofrecen, naturalmente, la definición y las reglas de este género. Según el Rengifo —el *vademecum* de todo poeta y poetastro del XVII y del XVIII— el epigrama es « un Poema de los más excelentes ».¹ El género se divide « en sim-

1. Juan Díaz Rengifo, *Arte poética española...* (Barcelona: María Angela Martí, [1759]), págs. 145-46. La primera edición es de Salamanca, 1592. Se supone que el verdadero autor fue el hermano de Juan Díaz Rengifo, el jesuita Diego García Rengifo.

ple, que narra o explica alguna cosa sin comparación ni respeto a otra; y en *compuesto*, de el qual a más de la narración se infiere otra cosa diferente ». Moratín nos da el ejemplo del tipo « compuesto » en su « Inscripción para un retrato del autor remitiéndosele a una señora valenciana »:

A la Ninfa del Turia ilustre y bella,
Mi imagen doy, y el corazón con ella.²

En cuanto a las características del epigrama, según Rengifo, « debe tener *brevedad*... a imitación de los dichos sentenciosos; *claridad*, por no incurrir en el delito de vicioso; y *agudeza*, porque sin ella es como el cuerpo sin alma... ». Moratín vuelve a darnos el ejemplo en una « Inscripción para una estatua de la Farmacia », que es breve, clara y aguda:

A la ciencia de Hypócrates unida,
Dilata los instantes de la vida (III, 302).

Gregorio Mayáns y Siscar en su *Rhetórica* (1757), en el capítulo sobre las inscripciones, señala las mismas características, apuntando que la inscripción debe tratar de alguna cosa memorable, y distinguiendo como subgénero el epitafio, o sea el letrado puesto en sepulcro. Insinúa, además, que la expresión « deve ser *públicamente espuesta en materia duradera* » y observa que « las *Incripciones* tienen sus abreviaturas, que escriben letra por parte, i un estilo que no se aprende sino con la letura de ellas, claro, ceñido, agudo, i espressivo ».³

En la España del XVIII hay una demanda formal de inscripciones que los hombres de letras suplen imitando las de la antigüedad. Entre las obras de Tomás de Iriarte, por ejemplo, encontramos un grupo de siete inscripciones en latín. Entre ellas hay una « Para la Puerta de S. Vicente de Madrid » y otra « Para la Bóveda subterránea del Escorial ».⁴

Las inscripciones en verso castellano de Moratín tenían un destino menos lapidario que las de Iriarte, y un propósito más bien poético. Dos de ellas son epitafios, uno de un personaje histórico,

2. Leandro Fernández de Moratín, *Obras dramáticas y líricas* (París: Augusto Bobée, 1825), III, 417. Las citas en el texto se refieren a esta edición.

3. Gregorio Mayáns y Siscar, *Rhetórica* (Valencia: Josef i Thomas de Orga, 1786), II, 500. La primera edición es de Valencia, 1757.

4. Tomás de Iriarte, *Colección de obras en verso y prosa* (Madrid: Imprenta Real, 1805), VII, 414-16.

Almanzor, y otro de un poeta contemporáneo, Francisco Gregorio de Salas.

El epitafio de Almanzor es una versión del árabe encargada por José Antonio Conde (1765-1820), arabista e íntimo amigo de Moratín. El mismo Conde había hecho una traducción de esta inscripción en una *Memoria sobre la moneda arábiga* que leyó en la Real Academia de la Historia el 21 de julio de 1804.⁵ Poco satisfecho con el resultado tal vez, Conde habría rogado a su amigo poeta que le hiciera una traducción superior. Moratín, según entiendo, no sabía árabe y por eso Conde le hizo una versión en prosa.⁶ En una carta de 1806, fechada en Pastrana, su lugar de veraneo, Moratín escribe a Conde:

Ahí va la traducción del epitafio; no he sabido hacerla mejor; me parece que está todo lo que se dice en el original: vea vm. lo que le parece, y dígamelo. Intenté poner consonantes; pero, añadida esta dificultad a las otras, salía la versión muy ancha, y he preferido la concisión al sonsonete.⁷

En ocho endecasílabos sueltos Moratín da una versión española de una inscripción árabe que, según la tradición, estaba grabada en una estela existente en el patio del Alcázar de Medinaceli, donde quedó enterrado el cuerpo del dictador árabe.⁸

No existe ya; pero dejó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerle,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fue, que nunca en sucesión eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde (III, 334).

5. José Antonio Conde, *Memoria sobre la moneda árabe y en especial la acuñada en España por los príncipes musulmanes* en *Memorias de la Real Academia de la Historia*, V (1817): 225-314.

6. Pedro Roca, «Vida y escritos de don José Antonio Conde», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3ª época, VIII (1903): 388.

7. Leandro Fernández de Moratín, *Epistolario*, ed. René Andioc (Madrid: Editorial Castalia, 1973), págs. 250-252, nota 9. Hay variantes entre la versión que envía Moratín en la carta y la que publica años después en *Obras dramáticas y líricas*.

8. R. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les almoravides*, ed. E. Lévi-Provençal (Leyde: E. J. Brill, 1932), II, 264-65; E. Lévi-Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*, trad. Emilio García Gómez, en la serie *Historia de España*, ed. Ramón Menéndez Pidal (Madrid: Espasa-Calpe, 1950), IV, 428-29 y notas 82-86.

¿Con qué motivo incluye Moratín el epitafio de Almanzor en su depurada colección de obras en verso que publicó en París en 1825? Creo que la clave está en la larga nota que preparó el poeta para la citada edición. Almanzor (939-1002), el victorioso ministro y valido del califato cordobés del siglo X, se parecía en muchos aspectos a un monarca ilustrado y déspota del XVIII:

Todos los años... mientras se prevenía para nuevas empresas [militares], fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecía la industria, la agricultura y las artes: asistía a las academias, oía los discursos de aquellos sabios, se complacía con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente (III, 465).

Son palabras que Moratín hubiera podido usar hablando de Federico II el Grande de Prusia; o, en un arrobo de la fantasía, hubiera podido aplicarlas a su propio mecenas Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, cuando, por ejemplo, volvió el « cumplido garzón » en 1801, coronado de glorias, de la Guerra de las Naranjas con Portugal.⁹

El otro epitafio lo compuso Moratín en honor de un hombre de su propia época, Don Francisco Gregorio de Salas, poeta y modesto capellán de las Recogidas de Madrid. La nota que añade Moratín expresa el aprecio que merecía el autor del *Observatorio rústico* a sus contemporáneos: « vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversación; su probidad y sus costumbres inocentes » (III, 471). Los versos de Moratín —trece endecasílabos sueltos— reconocen las simples virtudes de un hombre modesto:

Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambición remoto...
.....
Ni envidia conoció, ni orgullo insano,
Su corazón, como su lengua, puro.
Amaba la virtud, amó las selvas (III, 386).

Este concepto que tenía Moratín de Salas le va a servir en el futuro cuando escribe epitafios para los modestos parientes de algunos conocidos suyos.¹⁰

9. Así le llama Moratín en el primer verso de su « Canto en lenguaje y verso antico, al Príncipe de la Paz », *Obras dramáticas y líricas*, III, 353.

10. Juan Tineo (sobrino de Jovellanos) comentó esta inscripción de esta forma: « El poeta ha sabido dar a su dicción, a sus versos, a todo su estilo, una ingenuidad

Por su fama de poeta, de hombre de letras, y por su demostrada experiencia en la composición de epígrafes, Moratín fue consultado por sus amigos cuando tenían que preparar la inscripción para el sepulcro de algún difunto familiar. Uno que le consultó fue Manuel García de la Prada, el marido de María García, la actriz que estrenó el papel de Doña Inés en *La mojigata* (1804) y de Doña Leonor en *La escuela de los maridos* (1812). Prada fue corregidor de Madrid en la época de José I, y cuando los afrancesados tuvieron que huir de Madrid a Valencia en 1812, el matrimonio hizo lugar para Moratín en su coche.¹¹ Los dos amigos mantuvieron una correspondencia durante años, y en una ocasión García de la Prada pidió al poeta que hiciera la inscripción para la lápida del sepulcro de un tío suyo. De Burdeos Moratín le escribe el 15 de diciembre de 1822:

Ahí le incluyo a vm. una inscripción, la más sencilla que me ha ocurrido; vea vm. lo que le parece. He omitido la patria, porque resulta mucha menudencia; y no sería así si bastase un nombre solo de Ciudad o pueblo muy conocido. Sin embargo, si vm. lo cree conveniente, puede añadirse, a continuación de la segunda línea, el nombre del pueblo, del valle y del Obispado (*Epistolario*, 534).

Tres años después murió María García, y Prada volvió a consultarle al poeta. Moratín le escribe en una postdata el 30 de marzo de 1826: « Ya estaba cerrada esta carta, quando recibí otra de vmd... Envié a vm. dos epitafios. Vea vm. si alguno puede convenir » (*Epistolario*, 660). No tenemos los epitafios; por otra parte, las palabras que dedica Moratín a consolar a su amiga revelan su sensibilidad. Antes de saber la muerte de María García, Moratín escribía al marido:

Prepárese vm. a qualquiera cosa; todavía le queda a vm. a quién amar en la tierra, y a quien sus prendas son, como vm. dice, inapreciables; considere vm. que era un bien prestado, y que el que nos le da nos le quita. Nada de lo que posehemos en la tierra podemos llamarlo nuestro; lo disfrutamos con el riesgo constante de perderlo... (*Epistolario*, pág. 657).

y una pureza tan bellas, cual era menester para hacer sentir en el elogio mismo el carácter candoroso y la sencilla índole de su elogiado». Citado en José Gómez Hermosilla, *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era* (París: Vicente, Salvá, 1840), I, 19.

11. Rafael Ferreres, *Moratín en Valencia (1812-1814)* (Valencia: Centro de Cultura Valenciana, 1962), págs. 12-14.

Después de la muerte de María García, vuelve a escribir:

Ahora ¿qué hay ya que hacer? Disgustos tan positivos, pérdidas tan dignas de sentirse, sólo el tiempo las cura. Todas las reflexiones que se hagan ahora, son sabidas, son inútiles. Llore vm. la muerte de esa estimable mujer, y busque la compañía de uno u otro amigo, que indirectamente le distraiga, y le entretenga un poco de la justa pesadumbre que vm. tendrá (*Epistolario*, 660).

Se ha conservado un epitafio como ejemplar único de este arte que practicaba Moratín privadamente. Se trata de la inscripción que hizo el año siguiente de 1827 para el sepulcro de la hija de su amigo Vicente Golzález Arnao. En 1789 éste se había doctorado en ambos derechos por la Universidad de Alcalá de HERNANDES, donde fue condiscípulo de otro amigo de Moratín, el arabista José Antonio Conde. Se distinguió en la España de Carlos IV y Manuel Godoy. Ocupó altos cargos en el gobierno de José I. Por esta razón, se exilió durante el reinado de Fernando VII, estableciéndose en París. Se había casado en 1802 con María del Carmen Elejalde y el matrimonio tuvo numerosa prole. En 1819, cuando Moratín estaba en París, escribía a Francisca Muñoz: « La casa de Arnao es la única que frecuento: sus chiquillos me quieren, y allí me paso las horas viendo sus dibujos, oyendo su música, y hablándoles en su lenguaje pueril... » (*Epistolario*, pág. 406).

Entre los chiquillos se contaba María González Arnao, quien tendría unos catorce años. Murió en 1827 a la edad de veintidós años. Su padre, regresando de un viaje a Madrid, pasó por Burdeos a fines de agosto de 1827 y pediría a su amigo Moratín que escribiera la inscripción para el sepulcro de la joven fallecida (*Epistolario*, págs. 689-91). Después, en una nota a su amigo, Moratín le escribe: « Carísimo: entre algunos pensamientos que he burrajado, ninguno me ha parecido menos mal que el presente. Ahí va, y V. verá si le acomoda. Memorias a todos los de esa casa y adios hasta la vista. Burdeos 19 septiembre. Moratín [rúbrica] ». ¹² En el dorso de la hoja está la dirección: « Monsieur. / Mr. Arnao. Boulevard / Bonne Nouvelle, Núm. 2 bis. / París ». Hay dos sellos:

12. Esta nota está al pie de una hoja en la que Moratín ha escrito el epitafio. Al dorso está la dirección con los sellos. Todo es autógrafa menos los sellos. Alguien (¿otra mano?) ha corregido la edad de la difunta. El manuscrito se conserva en la Gratz Autograph Collection de la Historical Society of Pennsylvania, Filadelfia, EE. UU. A mi antiguo colega de la Universidad de Indiana, el profesor Merle Simmons, le debo el descubrimiento de este autógrafa.

uno, « Bordeaux »; otro, « Septembre 23, 1827 ». Al escribir la nota Moratín estaba a punto de partir de Burdeos para París, donde ya se encontraba otro amigo, Manuel Silvela, quien mudaba su escuela para jóvenes españoles de Burdeos a la capital. En efecto, en los primeros días de octubre llegó el poeta a París acompañando a varios jóvenes que venían a estudiar en el colegio de Silvela.¹³

La inscripción, hasta ahora inédita, que redactó Moratín para su amigo Arnao parece estar escrita en una prosa impecable:

D. ^a María González Arnao	1
doncella española,	2
uniendo a su ilustrado talento	3
las prendas	4
de un corazón sensible y virtuoso,	5
fue delicia, consuelo y esperanza	6
de sus padres y su familia.	7
La muerte	8
en el año XXII de su edad,	9
después de largo padecer,	10
la abrió este sepulcro,	11
dejando en la memoria de su pérdida	12
dolor inconsolable.	13
MDCCCXXVII.	14

Las catorce líneas de la inscripción parecen estar escritas en prosa. Sin embargo, vale observar que cuatro de ellas son endecasílabos (1, 5, 6 y 12) y, dejando aparte la fecha, la inscripción termina en heptasílabo. (13). Son dos formas métricas muy usadas en la época. Además, hay dos trisílabos (4 y 8) y dos eneasílabos (7 y 10), y la fecha final puede leerse como un eneasílabo trocaico. Por otra parte, la línea 9, de once sílabas, tiene acentos poéticos raros, y las demás líneas de seis o diez sílabas tampoco son poéticas.

13. No cabe dudar de la lectura de las fechas 19 de septiembre y 23 de septiembre, aunque parece haber alguna contradicción con los documentos XIII, XIV y XV que publica René Andioc, « Leandro Fernández de Moratín, hôte de la France », *Revue de Littérature Comparée*, XXXVII (1963): 268-78.

Son de tan notable belleza, sin embargo, los cuatro endecasílabos y el heptasílabo que cabe preguntar si Moratín, autor de pulidos versos y entre ellos cinco epígrafes, se dejó llevar de su oído de poeta. Lo más probable es que el escritor que aspiraba siempre a la perfección incluía conscientemente los endecasílabos y el heptasílabo en la inscripción del sepulcro de la doncella española con quien había hablado hacía pocos años en su lenguaje pueril.¹⁴

JOHN DOWLING

Universidad de Georgia, Athens

14. Agradezco a mi colega Manuel Mantero, quien me llamó la atención sobre las formas métricas encerradas en la inscripción.